

“CASA DE SANTIFICACIÓN”

JOSÉ ALLAMANO Y LA NUEVA CASA MADRE

P. Francisco Pavese IMC

En 2009 la Casa Madre de los Misioneros de la Consolata, Corso Ferrucci 14, Turín, celebró su 100º aniversario. La casa fue deseada por José Allamano, iniciada en 1907 e inaugurada en 1909. Él la visitaba frecuentemente, considerándola el lugar más adecuado para ofrecer la formación misionera de sus hijos.

1. ¿Por qué una nueva “Casa Madre”?

En primer lugar, preguntémosnos: ¿por qué José Allamano se embarcó en una empresa financiera tan exigente en los primeros años del Instituto, cuando el desarrollo de las misiones ya estaba agotando todos sus recursos? Así es como José Allamano y Santiago Camisassa informaron oficialmente a la Congregación de Religiosos, en Roma, sobre la nueva sede del Instituto: «La primera casa madre, a pesar [...] del continuo envío de misioneros, presto se había vuelto insuficiente. Por esta razón, se comenzó a trabajar en la construcción de una nueva sede adecuada a las necesidades presentes y futuras, con capacidad para más de 150 estudiantes, y equipada con todos los requisitos para la vida de las diferentes comunidades: colegiales, novicios y estudiantes, todas con ambientes propios, perfectamente diferenciados y de acuerdo con las modernas exigencias de higiene. Las vocaciones a las misiones, gracias a la influencia de la revista y de las conferencias organizadas por los misioneros, parecen crear un despertar tal que en un futuro no muy lejano también la nueva sede estará totalmente ocupada. Y allí, bajo la continua dirección de los fundadores, que durante tantos años se han ocupado de la formación del clero, los nuevos misioneros pueden prepararse adecuadamente en el espíritu y en los conocimientos necesarios para cumplir los deberes de su estado, para corresponder bien a la sublime vocación a la que Dios los ha llamado».¹

A decir verdad, hasta el Salesiano Card. Juan Cagliero, natural de Castelnuovo y amigo de José Allamano, había insistido en que se construyera una casa más grande en vista del futuro desarrollo del Instituto. Allamano se lo recordó a sus jóvenes en varias ocasiones. Al anunciar de una visita, dijo: «Ya verán. Es un apóstol; ¡El verdadero tipo de misionero! [...]. Había hecho una profecía: “¡Canónigo, procura hacer una Casa más grande!” “Pero...” “No, no... Busca hacer una casa más grande”. Entiendo que tiene un cariño especial por nosotros y por el Instituto, heredado de Don Bosco».² A las misioneras les había anunciado la creación de Juan Cagliero como cardenal de la siguiente manera: «Es un hombre santo; si pudiera hacer todos Misioneros, los haría... Ya ha ido a ver el Instituto una vez, cuando estábamos en la Consolatina. Entonces me dijo: “Canónigo, haz una casa más grande, tenemos que ampliarla”. Ahora seguramente vendrá a Turín y también vendrá a visitarnos, y encontrará no solo una casa más grande, sino también a las Hermanas».³

Nótese la amplitud de visión con la que José Allamano se expresó: dado que la primera Casa Madre resultaba ya insuficiente, se construyó una nueva que respondiera a las necesidades no sólo del presente, sino también del futuro. Y nótese también cierta satisfacción que Allamano no ocultaba al ver que su obra misionera iba progresando.

2. José Allamano se involucra personalmente en el diseño de la nueva sede

En la ejecución práctica de la obra, el actor principal será el can. Santiago Camisassa, primer

¹ Cartas, V, 281 – 282.

² Conferencias IMC, II, 688.

³ Conferencias SMC, I, 243-244.

colaborador y amigo de Allamano. Sólo me gustaría señalar que el propio José Allamano tuvo una influencia real desde los primeros tiempos, empezando por la compra del terreno, como lo dijo el Hno. Caneparo Aquilino: “Le puedo asegurar que como el Instituto necesitaba construir una casa más grande que la Consolatina, el Rector encargó a mi padre para que hiciera la compra del terreno que se iba a utilizar para la nueva sede, diciendo que era más fácil para un seglar [obtener] un precio más justo y evitar posibles engaños y exageraciones de precios. El dueño del terreno era un judío llamado Sacerdote”.⁴

De hecho, como afirmaba el P. Lorenzo Sales, “ya en 1905, cuando la primera [Casa Madre] resultó insuficiente, se había comprado un gran terreno en un lugar que entonces estaba fuera de las murallas de la ciudad, en la Via Circonvallazione, hoy Corso Ferrucci. Dos años más tarde, en 1907, comenzaron las obras”.⁵

Naturalmente, toda la carga financiera de la nueva construcción recayó sobre los hombros de Allamano. He aquí lo que informó el P. Sales: “Para sostener los enormes gastos de esta construcción [Allamano] no sólo tuvo que poner todo su dinero disponible, sino también vender todo lo que poseía de bienes inmuebles, entre ellos la finca “La Morra”, donde él, como sacerdote, solía ir a pasar algún tiempo de vacaciones; incluso vendió la cadena de oro que le habían regalado; más tarde [en 1914 para la construcción de la casa de las misioneras] se vio obligado a vender la primera sede del Instituto [la Consolatina y la casa Rovenda], aunque esto le resultaba muy difícil”.⁶

La toma de posesión de la nueva Casa Madre tuvo lugar el 9 de octubre de 1909: “Hoy - se lee en el “Diario” del seminario mayor – han estado aquí el Sr. Rector, Vicerrector y el Ecónomo de la Consolata. A las 6 p.m. ha tenido lugar el Santo Rosario, luego el Sr. Rector bendice la nueva capilla”.⁷

3. La Casa Madre visitada regularmente por José Allamano

Cuando la comunidad aún estaba en la Consolatina, Allamano hizo una promesa:

“En la nueva casa tendré mi propia habitación, tendré más comodidad para ir allí, y deseo estar allí habitualmente: cualquiera puede venir a hablar conmigo, o incluso a oír algo de mí sin necesidad de pedir permiso”.⁸ El “Diario” del seminario, algún tiempo después, anotó: «Desde que estamos en el nuevo Instituto, el Sr. Rector no deja de venir aquí todos los días, generalmente desde las 5 de la tarde hasta las 7:30 de la mañana. Los dos primeros días los pasó aquí casi todo el día, y durmió dos noches seguidas, lo que hizo unas cuantas veces más.»⁹

Sin embargo Allamano nunca vivió permanentemente en la Casa Madre. Su casa estaba en la Consolata. Escuchemos esta bonita anécdota relatada por el P. Domingo Ferrero. Es un diálogo entre el Fundador, que ya era bastante mayor, y los jóvenes del seminario menor, que estaban merendando bajo los pórticos. «Como dijo hace unos días que tal vez vendría y se quedaría con nosotros todo el tiempo, “¿Se queda usted aquí ahora, Señor Rector?” “Pero aún no han preparado mi habitación”. “Sí, sí, ya está ahí; ¡Vamos a prepararla de inmediato!” “¿Y no saben que en la Consolata está la Virgen que me espera?” “¡La Virgen también está aquí!” “¡Pero ella no es la misma!” “Y nosotros vamos a recogerla y a traerla aquí”. ¡Quién sabe dónde y cómo habría continuado este cariñoso diálogo de inocencia! Pero el amado Padre, evidentemente conmovido, dijo: “Bueno, pero queridos míos, ¡qué ingenuos son! Para venir aquí, tengo que renunciar allá... ¿Y cómo quieren que sea después de 40 años

⁴ Testimonio, 3 de enero de 1944, Archivo IMC.

⁵ P. L. SALES, *El Siervo de Dios...*, 195, 280.

⁶ P. L. Sales, *Notas biográficas*, Archivo IMC.

⁷ *Diario del Seminario*, 1908-1909, 76: Archivo IMC.

⁸ Conferencias IMC, I, 273.

⁹ *Diario del Seminario*, Archivo IMC.

que estoy allí? Los visitaré tan a menudo como pueda”. Y luego se retiró de en medio de ellos, diciendo: “Nos volveremos a ver”». ¹⁰

4. La Casa Madre es el lugar ideal para formarse para la misión

No hay duda de que para José Allamano la Casa Madre era el lugar ideal para formarse para la misión. La nueva sede contaba con todos los requisitos para facilitar el mejor proceso educativo. Un día hizo a los jóvenes una pregunta aparentemente obvia: “¿Y para qué han venido? ¿Por qué están aquí?... Todos responden: “Para hacerme misionero”, y si alguien tuviera otro propósito, se equivocaría: el aire de aquí es bueno solo para aquellos que quieren ser misioneros, de lo contrario no es bueno para sus pulmones: Por esto es necesario ser santos. El Señor se sirve sólo de los que son santos como regla para convertir: primero, pues, santifiquémonos, de lo contrario iremos allá y en vez de convertir, pervertiremos. Por lo tanto, hagámonos santos”. ¹¹

P. Allamano se preocupaba por la calidad de sus misioneros. Sólo los mejores podían entrar en esa casa, y si, por casualidad, alguien no apto entraba, estaba obligado a retirarse. Su frase clásica repetida muchas veces era: “La puerta pequeña para entrar, el portón para salir”. El P. Domingo Ferrero escribe en uno de sus testimonios: «Muy a menudo [el Fundador] nos recordaba las palabras que le dijo el cardenal Vives y Tutó, cuando lo felicitó por la nueva gran sede en Corso Ferrucci: '¿Hiciste también el portón?' y lo comentó muy claramente: los que han entrado son libres de salir si no se sienten de continuar». ¹² El beato Santiago Alberione, fundador de los Paulinos, quedó impresionado por esta convicción de Allamano. He aquí sus palabras: «A un Superior de un Instituto Religioso [Allamano] le dijo: “Si quieres Institutos Religiosos florecientes, haz una puerta pequeña para entrar y un portón para salir; es decir, asegurarse de la verdadera vocación antes de aceptar; después, cuando no den pruebas claras, despide sin temor”». ¹³

5. Los jóvenes lo esperaban con gran deseo

José Allamano iba regularmente a la Casa Madre para ocuparse de la formación de los jóvenes misioneros. Llegaba puntual todos los domingos por la tarde, pero también lo hacía entre semana. Todas las ocasiones eran buenas para estar con sus hijos.

Quería conocer a los recién llegados de inmediato para darles la bienvenida a su nueva familia. Así describe el P. Emilio Oggè su primer encuentro de niño con Allamano bajo las arcadas de la Casa Madre: «[Después de saludar a todos, dijo]: '¡Bueno! ¿Los nuevos? ¿Dónde están los nuevos?... Vengan aquí, quiero verlos”. Y nos tomó de la mano, acariciándonos y mirándonos bien, dándonos ánimo y sonriendo paternalmente. Solía dar una buena bienvenida a todos los recién llegados, deseando verlos inmediatamente y escudriñándolos bien con su fina intuición paternal». ¹⁴

Las reacciones de los jóvenes a los encuentros dominicales eran muy intensas y sugestivas. Entre los muchos testimonios, menciono sólo tres, extraídos también de los testimonios de las misioneras, para darnos cuenta de cómo aquella casa se había convertido realmente en la casa de una familia, donde Allamano era el “Padre”, y en una fragua de preparación para la misión, donde él era el “Maestro”. «Los domingos, todo giraba en torno a sus hijos. No había nada catedrático, rígido en su conferencia, sino que era el Padre quien, sentado en medio de sus hijos, a los que quería muy cerca,

¹⁰ P. D. Ferrero, “Ricordi del Ven.mo Padre”, pp. 51-52.

¹¹ Conferencias IMC, II, 82.

¹² Testimonio, sin fecha, Archivo IMC.

¹³ *Notas históricas generales de la Pía Sociedad de San Pablo*, en *Unione Cooperatori Buona Stampa* 1923, p. 5: “El Can. Allamano había dado este consejo a Teol. Alberione: Sea la puerta de su Casa ancha para entrar, pero más ancha para salir. Inmediatamente en ese año iniciaron las purificaciones [...]”, en: BONA C., *La Fede e le Opere*, Edizioni Missioni Consolata, Turín 1989, 395.

¹⁴ Testimonio, 6 de noviembre de 1943, Archivo IMC.

especialmente a los coadjutores, nos hablaba de buena manera. Eran consejos dichos casi al oído, pero que quedaban impresos en el alma y nos impregnaba de su espíritu» (Hno. Benedetto Falda). «Su celo por nuestra formación y santificación se manifestaba sobre todo en las maravillosas conferencias dominicales. Llegaba sonriente, se sentaba, extraía una nota: y nosotros quedábamos encantados con su palabra. Cuánto añorábamos esos momentos, siempre demasiado breves para nosotros» (P. Vincenzo Dolza); «Todos los domingos venía a darnos su Conferencia, que todas sentíamos tan preciosa y disfrutábamos con cada vez más viva necesidad y deseo de escucharla. Muchas veces el Padre también venía durante la semana, ya sea por el aniversario de alguna fiesta particular o alguna circunstancia especial, y siempre era una gran alegría escuchar el anuncio de que el Padre vendría» (Sor Michelina Abba).

6. Un momento desagradable: la Casa Madre requerida por el gobierno.

Pocos años después de la inauguración de la nueva Casa Madre, P. Allamano tuvo que enfrentarse a una realidad bastante difícil. Durante la Primera Guerra Mundial (1915-1918), parte de la Casa Madre de los misioneros, así como la nueva sede de las Misioneras, que estaba casi terminada, fueron requeridas por el gobierno para las necesidades de la guerra. Es inútil decir que a Allamano no le gustó esto. Se opuso todo lo que pudo, hizo rezar para que se evitara la requisición, pero al final se resignó. Los dos grupos de los misioneros y las misioneras aceptaron con serenidad la incomodidad de tener que adaptarse a ambientes más restringidos.

Este es el comentario de Allamano: «Como han visto, Nuestra Señora no creyó oportuno hacer el milagro y nos dará muchas otras gracias [...]; luego, ánimo en la prueba; ¡Debemos dar gracias al Señor que nos ha dejado la capilla! [...]. Ante Dios debemos estar contentos con todo; cuanto más pobres seamos, mejor, pero ante el mundo debemos conservar nuestra personalidad». ¹⁵ «Nos vimos obligados a ceder una parte de la casa a los soldados; esto no significa que estemos contentos [...]. El milagro no se lo pedí a la Virgen, pero lo dejé todo en sus manos y la Madre sabe lo que hace. Si lo ha permitido, su juicio es justo». ¹⁶

Finalmente, el 7 de diciembre de 1918 la parte de la casa de los misioneros ocupada por los soldados fue desalojada, y en 1919 también se desalojó la parte de la casa de las hermanas. Al regreso de los misioneros de armas, Allamano invitó a la comunidad a retomar el proceso de formación con regularidad y empeño: “Empecemos todos, exsoldados o no, para que esta casa asuma inmediatamente el aspecto externo e interno de una casa de santificación para llegar a ser todos apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo”. ¹⁷

7. Las visitas se reducen en los últimos años

En los últimos años de su vida, Allamano disminuyó sus visitas a la Casa Madre, solo por motivos de salud. Fueron los médicos quienes se lo prescribieron, también para conservar las fuerzas necesarias para ir a Roma a la beatificación de José Cafasso. Le hubiera gustado ir regularmente, pero sus fuerzas no se lo permitían y era consciente y se resignaba a ello. A un grupo de novicios que habían ido a visitarlo a la Consolata el 11 de marzo de 1923, le dijo con tristeza: “A mí también me parece largo el tiempo porque ya no los veo. No estaré en la fiesta de San José para celebrar la Misa con ustedes: ¡son 22 años que siempre voy! Pero ahora el médico ya no quiere que lo haga”. ¹⁸ A los neo-profesos, que fueron a visitarlo a su oficina del santuario el 9 de diciembre de 1923, se presentó con estas palabras paternales: «Vengan a verme; ya no puedo ir a verlos. Cuando haga buen tiempo, trataré de ir» ¹⁹. Así,

¹⁵ Conferencias IMC, III, 61.

¹⁶ Conferencias SMC, II, 24-25.

¹⁷ Conferencias IMC, III, 3.

¹⁸ Conferencias IMC, III, 668.

¹⁹ Conferencias IMC, III, 701.

el 19 de abril de 1925, siempre en la Consolata, inició una breve conversación con un grupo de misioneros: «Para obedecer al doctor y mantenerme en fuerzas para ir a Roma [a la beatificación de Cafasso], no me he atrevido a salir, ni a visitarlos... Iré a Roma la semana próxima».²⁰ Después de hablar bastante de Cafasso, casi en broma, concluyó: «Quisiera poder seguir haciendo lo que hacía: ir a visitarlos todas las semanas; pero esta es también la voluntad de Dios... espero que alguien todavía recuerde algo. Ahora hay quienes lo hacen en mi lugar. Alegres, de buen humor, y yo los recordaré en Roma y les traeré el Decreto de Beatificación».²¹

Precisamente porque sus visitas disminuían, en marzo de 1925, con motivo de su onomástico, Allamano quiso ser representado de manera excelente y permanente en la Casa Madre. Así que decidió regalar a los misioneros la gran estatua de la Consolata que se encontraba en el corredor del Convitto para ser colocada en la fachada central de la Casa Madre, en un nicho especial. “Da Casa Madre” escribe: «En un magnífico camión de los bomberos municipales llega nuestra estatua de la Consolata, regalo de nuestro Ven.mo Fundador, y para la cual se está completando el grandioso nicho».²²

El 17 de mayo de 1925, Allamano hizo una de sus últimas visitas a la Casa Madre. Después de la beatificación de José Cafasso, él fue allí con motivo de la Bendición Pascual de la casa. Esta es la descripción de “Da Casa Madre”: «Después de las Vísperas rendimos homenaje en el patio al Ven.mo Padre Fundador que vino después de unos siete meses de ausencia, para alegrarnos de su deseada presencia y traernos la Santa Bendición Pascual. Después de contemplar con visible complacencia la estatua de la Consolata en el hermoso nicho central y de permanecer familiarmente con los clérigos, a la presencia de Monseñor [F. Perlo], se puso el manto canonical» y pasó a bendecir las diversas salas. «Luego, en el salón – continúa “Da Casa Madre” – asistió a la fiesta preparada en honor del nuevo Beato [...]. El Rector estuvo brevemente [...]; promete volver pronto, si el clima lo permite [...]. Casa Madre se alegró con una sonrisa luminosa y festiva como no había disfrutado en mucho tiempo. Que el Señor nos conceda este oasis de gozosa alegría por muchos años más».²³

8. Allamano regresa para siempre a “su” Casa Madre

Sabemos que Allamano murió el 16 de febrero de 1926. Cuando su cuerpo fue llevado al cementerio general, hubo quienes dijeron, casi proféticamente: “El canónigo Allamano no se quedará aquí, sino que regresará a su casa”. De hecho, no permaneció en la sección del cementerio reservada a los sacerdotes más que 12 años. El 10 de octubre de 1938 a las 2:30 p.m., se abrió la tumba y el ataúd fue colocado en la capilla del cementerio destinada a los arzobispos de Turín. Al día siguiente, 11 de octubre, el cuerpo fue trasladado a la Casa Madre a las 7:45 a.m. y colocado en la capilla pública. El proyecto inicial (una nueva iglesia y el traslado del cuerpo de Santiago Camisassa también allí) había sido modificado. Se recurrió a un proyecto más asequible, abriendo al público la capilla de Corso Ferrucci y construyendo a la derecha una capilla, en el patio interior, diseñado por el arquitecto Ottorino Aloisio, para albergar el cuerpo de Allamano.

El regreso de Allamano entre los suyos fue sencillo y solemne al mismo tiempo con la participación de numerosas personalidades e instituciones religiosas. A las 9 a.m. comenzó el cortejo fúnebre alrededor de la Casa Madre. A continuación, tuvo lugar la “Misa de Réquiem”, celebrada por el Vicario General Mons. Coccolo, con la presencia de numerosos obispos, autoridades civiles y militares, y muchas personas. Los misioneros y las misioneras estuvieron presentes en gran número, más de 600 con los estudiantes que venían de las casas de Italia. El discurso oficial, de considerable profundidad, fue pronunciado por Mons. Silvio Solero. En la tarde del mismo día, el féretro que contenía el venerado

²⁰ Conferencias IMC, III, 720.

²¹ Conferencias IMC, III, 722.

²² “Da Casa Madre”, n° 20, 1925, p. 66.

²³ “Da Casa Madre”, n° 21, 1925, p. 174.

cuerpo de Allamano fue colocado en el sarcófago realizado en piedra de Orsara (Suiza), obra del escultor Gerolamo Pavesi. A partir de entonces, la Casa Madre ya no se sentía huérfana, porque el Padre había regresado y esa pequeña capilla se convirtió en meta de continuas peregrinaciones.

9. La Casa Madre medio destruida por las bombas.

Me gustaría agregar un evento que tuvo lugar después de la muerte de Allamano, pero que está directamente relacionado con la Casa Madre y su cuerpo. También al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, nuestra casa tuvo que pagar un gran precio. Durante la noche del 8 de diciembre de 1942, una bomba cayó sobre ella, destruyendo la mitad. Tenemos un relato impresionante de ese evento escrito por el P. Juan Piovano, que estaba en el refugio esa noche con muchos otros. He aquí solo un extracto:

«[...] Tan pronto como los aviones se alejaron, se examinaron las salidas. La de seguridad había sido retirada: la ordinaria permanecía, pero estaba obstruida con escombros. Se sale del refugio lo mejor que se puede y se examina alrededor: una parte del edificio, la que da a Corso Ferrucci, ya no está; los pórticos son barridos; ruinas sobre ruinas por todas partes. En primer lugar, afuera, agradecemos a la Santísima Virgen por habernos salvado a todos, luego hicimos un giro de inspección para tener una idea del desastre. El edificio principal presentaba un gran boquete en la parte central, lo que provocó el vaciado de algunos pisos; algunas habitaciones habían sufrido la voladura de sus techos, otras todavía los tenían, pero separadas e inseguras, eran inutilizables. La única que no había sido dañada fue la capilla donde descansaba el cuerpo del Padre. La estatua de nuestra Patrona, la Consolata, estaba rota. Parecía que la Virgen se había arrojado frente a la bomba para proteger a sus hijos. [...]».²⁴

10. Allamano como refugiado durante la guerra

²⁴ He aquí parte de la crónica escrita por el padre Giovanni Piovano, que estaba en el refugio con otras personas: “Ya se oyen las primeras bombas que caen a lo lejos; la casa se sacude con cada golpe. [...] Comienza el rezo del Rosario. Llegamos al tercer misterio, cuando un rugido indescriptible nos sacude a todos como ramitas. El refugio se sumerge en la oscuridad total y una ráfaga de viento nos abofetea. Sobre nuestras cabezas oímos rocas caer sobre rocas; un hedor a pólvora nos deja sin aliento, y el polvo de los escombros nos envuelve. Después del primer momento de consternación, se encienden las baterías de seguridad; no se puede ver por la polvareda.

Nos llamamos por nombre; estamos todos, ni siquiera uno herido. El P. Gallea da la absolución a todos, luego distribuye la Comunión, habiendo traído el Santísimo Sacramento con nosotros. Comulgamos quizás por última vez, bajo los escombros que siguen cayendo estruendosamente. Los aviones planeaban sobre nosotros, continuando su carrusel infernal; los sentimos sobre nuestras cabezas con toda claridad: era una señal de que nuestra casa se había caído. Las velas no podían iluminar la escena; el dolor fue grande para todos nosotros. La casa se derrumbó alrededor de las 9 p.m.

Tan pronto como los aviones se alejaron, se examinaron las salidas. La de seguridad había sido retirada: la ordinaria permanecía, pero estaba obstruida con escombros. Se sale del refugio lo mejor que se puede y se examina alrededor: una parte del edificio, la que da a Corso Ferrucci, ya no está; los pórticos son barridos; ruinas sobre ruinas por todas partes. En primer lugar, afuera, agradecemos a la Santísima Virgen por habernos salvado a todos, luego hicimos un giro de inspección para tener una idea del desastre. El edificio principal presentaba un gran boquete en la parte central, lo que provocó el vaciado de algunos pisos; algunas habitaciones habían sufrido la voladura de sus techos, otras todavía los tenían, pero separadas e inseguras, eran inutilizables. La única que no había sido dañada fue la capilla donde descansaba el cuerpo del Padre. La estatua de nuestra Patrona, la Consolata, estaba rota. Parecía que la Virgen se había arrojado frente a la bomba para proteger a sus hijos. [...].

Cuando salió el sol y se abrió paso a través de la nube de humo que envolvía Turín, nuestra casa yacía muda e inerte. Era un espectáculo triste. ¡Nuestra queridísima Casa Madre ya no existía! ¿Resucitaría? No lo sabíamos. Esa misma noche, sin embargo, un hombre se acercó tímidamente. Era un trabajador, no nos dijo más; nos amaba y nos dió lo que aún tenía en el bolsillo: dos liras, seguro de que se encontrarían otros para ayudarnos. Más tarde, llega una joven empleada. También ella dió todo lo que tenía: cien liras, para la reconstrucción de la Casa Madre. Temprano en la mañana, llega a visitarnos el can. Barberis, que tiene palabras de consuelo por la prueba que nos ha llegado, y él también viene en nuestra ayuda. Estos son los primeros que quisieron, junto con nosotros, la reconstrucción de la Casa Madre, y deben ser recordados. La Casa Madre siempre tuvo a algunos de sus hijos con ella, incluso en las horas más trágicas. Nunca fue abandonada. Debe resurgir: ¡resurgirá!»: “Da Casa Madre”, Enero de 1946, pp. 5-9. La Casa Madre reconstruida fue inaugurada diez años después, el 8 diciembre 1952.

Para proteger el cuerpo de José Allamano, se decidió transportarlo lejos de Turín hasta el castillo de Uviglie, en el municipio de Rosignano Monferrato (AL), propiedad del Instituto, donde el seminario teológico ya había sido evacuado. Esta es la breve comunicación de la Dirección General: “La Casa de Turín al no dar garantía suficiente para custodiar el cuerpo del venerable Padre Fundador, conservado en la capilla fúnebre, después de los bombardeos sufridos, se hicieron los trámites necesarios con el Prefecto de Turín, el Cardenal Arzobispo de Turín y el Obispo de Casale Monferrato para poder trasladarlo a Rosignano Monferrato”.²⁵

El 15 de marzo de 1943, acompañada por los Superiores, una furgoneta salió de Corso Ferrucci hacia Uviglie, donde el cuerpo fue enterrado, de forma privada y confidencial en el sótano del castillo. Allí, escondida, permaneció durante seis años, custodiada con amor filial por los clérigos misioneros y las hermanas. Finalmente, el 30 de abril de 1949, el Padre pudo regresar a su Casa Madre, que había sido renovada casi por completo, y descansar en la misma capilla que antes lo había custodiado. He aquí un extracto de la crónica de aquel acontecimiento: “Transportado [el cuerpo] a nuestra capilla externa, antes de las exequias, el P. Gabriel Berruto, Director de la Casa Madre, leyó un breve discurso de bienvenida al Padre que, después de seis años de separación, volvía a sus Hijos. Al final de las exequias, todos los presentes fueron a depositar su beso devoto y filial sobre el ataúd, también en nombre de los ausentes, tras lo cual el Venerable Cuerpo fue colocado en el sarcófago. La función terminó a las 4:30 p.m.”

11. José Allamano permanece para siempre en la Casa Madre

Desde entonces, ¡cuántas veces hemos venido a visitarlo aquí, en su casa y nuestra! Hubo un momento solemne, que no podemos olvidar y que nos toca de cerca a él y a nosotros. Me refiero a la exhumación del cuerpo, en vista de la beatificación. De acuerdo con las normas de la Iglesia y con las debidas licencias legales, en presencia de las autoridades competentes, la exhumación se llevó a cabo el 3 de octubre de 1989. Entonces, para feliz sorpresa de todos los presentes, el cuerpo de José Allamano apareció como momificado, con su aspecto intacto, compuesto en el ataúd, a pesar de todos los desplazamientos que se habían producido. Así, el cuerpo de Allamano fue colocado en la urna sepulcral, que ahora se ha convertido en un altar en el que se celebra la Eucaristía, en la capilla renovada según el diseño del geómetra Cotti.

Y por si fuera poco, el Instituto quiso que al lado de José Allamano, reposaran también los restos mortales de su principal colaborador, el can. Santiago Camisassa, Cofundador del Instituto, quien siguió de cerca, día tras día, la construcción de la Casa Madre. Desde 2001, los cuerpos de nuestros dos Padres, el Fundador y el Cofundador, han estado entre nosotros, el uno cerca del otro. Cuando vamos a nuestro santuario, podemos visitarlos a ambos y recibir de ellos aliento paternal y la certeza de su protección.

12. Al lado del nuevo edificio de Corso Ferrucci creció otra Casa Madre

Me gustaría añadir una “posdata” que merece no ser olvidada. En 1912, José Allamano tuvo que tratar con Santiago Camisassa, que acababa de regresar de Kenia, el problema de la casa madre de las misioneras. La Consolatina, en la que habían estado alojadas hasta entonces, resultó insuficiente para contener a una comunidad en continuo crecimiento. Como alojamiento provisorio, fue destinada a las misioneras parte de la nueva casa de los misioneros. Un primer grupo de ocho hermanas tomó posesión de ella el 1 de octubre de 1912, reemplazando a las Hermanas de San Gaetano, que José Allamano había obtenido de su Fundador, el párroco de Pancalieri, Juan María Boccardo, para ocuparse de la primera comunidad desde 1901.

José Allamano, que fue a bendecir la capilla, animó a sus misioneras de la siguiente manera:

²⁵ “Boletín Oficial”, N° 6, 1943.

“Dichosas ustedes, mis queridas hijas, si en estos años de preparación para el apostolado son verdaderas devotas de Jesús en el Santísimo Sacramento. Él las formará en todas las virtudes y encenderá en ustedes el fuego que vino a traer a la tierra”.²⁶

He aquí con qué simpatía la crónica escrita por el clérigo Borello Mario en el “Diario”, enviado a los cohermanos en misión, describió el inicio del trabajo de la Casa Madre para las misioneras: “Sabien bien que al lado de nuestra 'casona' hay dos huertas. Bueno, en la “huerta Norte” esta mañana se comenzó a excavar... se quiere hacer un gran hueco para hacer una casa. La Providencia [...] no cesa de velar por sus obras y por los que sólo en ella confían. [...]. Y esta obra de Dios es el Instituto de nuestras hermanas misioneras, y este hombre lleno de fe es el Rector, nuestro Padre común. Afuera se oyen gritos de hambruna [estamos a principios de 1915 e Italia está a punto de entrar en la guerra]... incluso nuestros hermanos de Turín la sienten un poco... A parte el poco de superfluo, pero “en las cosas necesarias” Dios no falta, y el Sr. Rector da inicio a la casa de nuestras hermanas misioneras justo al lado de nosotros, por lo que las gracias del cielo tendrán una sola dirección: Via Circonvallazione 514/515 - (ahora Corso Ferrucci, 14 y Via Coazze, 1), así que un solo espíritu, una obra sola».²⁷

²⁶ Conferencias de la IMC, I, 472.

²⁷ *Vida del Instituto*, Archivo IMC, en Cartas, VI, 690.